

México necesita su “glasnost” histórica

José Antonio Crespo

Robespierristas, antirrobepierristas: os pedimos por piedad que nos digáis, sencillamente, cómo fue Robespierre.

Marc Bloch

Si, como dicen, mientras mejor se conoce a alguien más se le ama, entonces el amor patrio exige un conocimiento más completo y verídico de la historia nacional. Ello es necesario aunque implique enfrentarse con hechos y sucesos que cuestionen nuestras creencias y convicciones acerca de heroicas epopeyas o respetados próceres. El desarrollo democrático de las naciones requiere de un proceso de revisión y transparencia en diversos ámbitos de su vida pública; exige conocer con más claridad los sucesos y las instituciones políticas, expresar y discutir con libertad las diversas tesis, cuestionar los más arraigados dogmas y fundamentos ideológicos sobre los cuales se ha levantado un régimen. Ese proceso es el que vive hoy México, y la historia es un ámbito que también necesita ser revisado con ojo crítico y auténtico afán de conocer el lado oscuro de nuestro pasado.

La autocrítica histórica, decía Octavio Paz, “equivale a una cura moral”. La historia, como ha dicho el ilustre historiador contemporáneo Luis González y González, tiene diversos propósitos, y por ende puede ser elaborada, leída e interpretada a través de múltiples ojos. La historia oficial, también llamada “historia de bronce”, busca crear imágenes ejemplares de los héroes que infundan la devoción por la patria hasta el sacrificio personal y desarrollen virtudes cívicas

de elevada inspiración. Estos valores, a su vez, buscan la preservación y exaltación de la nación y su soporte ideológico: el nacionalismo. El célebre Nicolás Maquiavelo escribió la *Historia de Florencia* con un propósito de socialización cívica de los florentinos, pues “si todo ejemplo de república estimula, los que se leen acerca de la propia estimulan mucho más y son muchos más útiles”.

Desde esa perspectiva, la “historia de bronce” resulta positiva para la salud patriótica de cualquier nación. Pero hay un precio que debe pagarse por ello: la mutilación deliberada de la verdad. En efecto, para destacar el virtuosismo y las hazañas de los héroes patrios, hay que limpiarles la hojarasca propiamente humana, ocultar defectos y debilidades, vicios y yerros. Por eso se le llama “de bronce” a esa historia, pues en ella los héroes trascienden su condición humana y son elevados a un pedestal digno de semidioses, transfigurados en mudas y solemnes estatuas de bronce. En un segundo momento es necesario hurgar en su vida real y revivirla en su justa proporción, para así recuperarlos en su dimensión humana. “Explicar el mito, desentrañar su sentido, es humanizarlo –escribió Paz–. Y al mismo tiempo, aclara el sentido de nuestra historia”.

La tentación de usar políticamente a la historia es grande, y pocos pueden resistirla. Por ejemplo, la imagen que prevalece del cura Miguel Hidalgo como alguien austero que siempre vestía su levita negra, no corresponde con la descripción que hace de él un contemporáneo suyo: “Hidalgo vestía media bota, pantalón morado, banda azul, chaleco encarnado, casaca verde, vuelta y collarín negro, pañuelo pajizo al cuello, turbante con plumaje de todos los colores, menos el blanco...”. La idealización de los próceres surge tan pronto la independencia es alcanzada. Y eso obedece a lo que señala Rafael Segovia:

El héroe es tanto un símbolo de la identificación con la nacionalidad como la expresión de una ideología política. Es el mantenedor o creador de la nacionalidad, encarna las virtudes cívicas, representa a la nación en lucha contra la adversidad. Sus virtudes son usadas como guía de los gobiernos del momento y, por ello, se le convierte en símbolo.

Muchos estudiosos de la historia consideran importante mantener vivos los mitos sobre nuestra historia nacional, como soporte de un espíritu nacionalista

y cívico, pese a que haya una cierta distorsión de los hechos. Napoleón señaló que “el deber de la escuela es enseñar el catolicismo, la fidelidad hacia el Emperador y producir ciudadanos consagrados a la Iglesia, el Estado y la familia”. Un decreto europeo de 1808 ordenaba: “Las escuelas de la Universidad tendrán como base de su enseñanza la fidelidad a la monarquía, única depositaria del bienestar de los pueblos”. Por su parte, Hitler proponía en su famoso libro *Mein Kampf*, que en las escuelas debía exaltarse una historia propagandística: “[Los libros de texto] Han de concentrar la atención sobre algunos de nuestros héroes eminentes, y saber pasar por encima de una presentación objetiva, tener como finalidad inflamar el orgullo nacional”.

En México, el politólogo Alfonso Zárate sostiene que los mitos de la historia oficial son cohesivos: “Puede que la historia no sea cierta, pero todos los países tienen sus mitos cohesivos. Y los que han sido tan golpeados como el nuestro los necesitan más que ninguno...”. Estaría de acuerdo con el escritor y diplomático francés Jean Giraudoux, quien recomendaba ocultar algunos hechos de la historia, pues “Hay verdades que pueden matar a un país”. La historia oficial cambia según las circunstancias y necesidades de la élite gobernante en turno. Hay, pues, una intención de control político y de manipulación ideológica en esta expresión de la historia. Y es precisamente la “historia de bronce” u oficial la que se enseña de manera obligatoria en los niveles escolares primarios en todo el país. Se trata, entonces, de una socialización política orientada a generar la lealtad a la nación, lo que puede ser aceptable y aconsejable en ciertas circunstancias, pero de ahí frecuentemente se pasa a inculcar la aceptación incondicional del régimen político vigente, e incluso la sumisión hacia él. En realidad esto ocurre en todos los países en mayor o menor grado. Así, el historiador norteamericano L. B. Simpson escribe: “Todo movimiento colectivo ha de tener sus símbolos y mitos. En los Estados Unidos hemos deformado a tal punto la imagen de nuestros grandes hombres que ni sus mismas madres los reconocerían”. Algunos historiadores tejanos reportan que los sucesos de El Álamo se convirtieron súbitamente en un mito, sus defensores en semidioses, y el convento en un santuario histórico al que concurren anualmente millares de personas en luto total, siendo el tercer sitio histórico más visitado del país. Reconocen asimismo que todas las representaciones y películas sobre

El Álamo están sumamente alejadas de la realidad, pero que no es fácil imponer la verdad histórica a los norteamericanos y desmitificar ese acontecimiento. Por ejemplo, las memorias de un soldado mexicano que participó en esa batalla, José Enrique de la Peña, revelan que el héroe norteamericano David Crockett fue torturado y asesinado a bayoneta por órdenes de Santa Anna, cuando había terminado la batalla, desmintiendo así que haya muerto en combate. Un historiador norteamericano, Dan Kilgore, recogió y autenticó dicho testimonio, provocando cientos de protestas por parte de sus compatriotas. Alguien incluso lo acusó de traición: “Este es uno de los planes de los comunistas para deshonar a nuestros héroes”, dijo. Otro historiador, Garry Willis, afirmó: “Cuando hablan de El Álamo, los texanos rara vez son cuerdos”. Por su parte, el especialista en “historias oficiales” del mundo, Marc Ferro, ha señalado: “En el Caribe, en donde vive una población desarraigada (negros, chinos, indios), la historia que se cuenta a los niños transfigura a los descendientes de antiguos esclavos y *coolies*, en ciudadanos del mundo que tienen la ventaja, única, de participar en todas las culturas de la humanidad”. Es la forma de convertir una desventaja histórica en una virtud cívica, negando una parte de la realidad.

Pocos son los investigadores que acceden a las otras expresiones históricas para configurar una visión más completa y verídica de lo que realmente sucedió en cada caso, lo que en verdad somos y hemos sido como nación. En este sentido, Luis González apunta: “Las fallas de los héroes son tan provechosas como sus grandes aciertos. Lo único indudablemente dañoso es el escamoteo de la verdad histórica”. Y el historiador Ivie Cadenhead Jr. advierte al escribir sobre Juárez: “Espero que los elogios no hayan ocasionado la omisión de debilidades y errores humanos, pues el aspecto humano de un hombre engrandece más sus logros”.

Suponer que con ignorar la verdadera historia del país los mexicanos serán mejores ciudadanos, equivale a pensar que los niños harán mejores adultos si jamás se les desengaña sobre la verdadera identidad de los Reyes Magos. Por el contrario, pensaba Cicerón: “No saber lo que ha ocurrido antes de nosotros es como seguir siendo niños”. Luis González tiene razón al afirmar que “No es cierto que se desmejore el patriotismo por hablar de las podridas de los héroes.

Es falso que la mentira piadosa sobre los próceres ayude a ser mejor ciudadano de un país”. En eso sigue al educador suizo (pero desenvuelto profesionalmente en México) Enrique Rébsamen, quien recomendaba a los maestros en 1890: “No falsifiquéis la historia, ni con la mejor intención, ni siquiera por patriotismo”.

De hecho, hay poca congruencia entre la historia de bronce que se enseña en las aulas y la problemática actualidad mexicana, sofocada por dificultades de toda índole. Esta última sólo se entiende conociendo la verdadera historia patria. Véase el absurdo que en diversas épocas ha mostrado la respectiva historia oficial, al querer distorsionar ciertos episodios o personajes: cuando los aztecas empezaron a tomar fuerza como señores del valle de México, sus dirigentes decidieron divinizar a uno de sus antiguos héroes, Huitzilopochtli, para inspirar respeto y miedo sobre los pueblos subyugados; al principio, ni el propio pueblo azteca aceptó esa pretensión, pero además había diversos códices toltecas que contenían una versión más realista acerca de ese personaje. Para hacer creíble el carácter divino de Huitzilopochtli, los aztecas decidieron borrar tales registros históricos. Según el testimonio de un cronista de la época: “Los señores mexicas dijeron que no convenía que toda la gente conociera los códices [...] Se guardaba la historia, pero entonces fue quemada”. Surgió así una “historia oficial” azteca destinada a legitimar su dominación sobre los pueblos vencidos. Ya después de la independencia, dice Marc Ferro, en los primeros textos oficiales las cualidades “caballerescas” de Cortés aparecen “opacadas por la grandeza indígena”.

Una revisión crítica de la historia patria es necesaria para lograr la madurez cívica, pues las imágenes recibidas durante los años escolares permanecen, distorsionando la percepción del propio país y de los otros. Así, Marc Ferro señala: “No nos engañemos; la imagen que tenemos de otros pueblos, y hasta de nosotros mismos, está asociada a la historia tal y como se nos contó cuando éramos niños. Ella deja su huella en nosotros para toda la existencia”. Esta idea coincide con la del ilustre liberal mexicano José María Luis Mora, quien señala como “un fenómeno muy raro el que un hombre se desprenda de lo que aprendió en sus primeros años”. De manera parecida pensaba el filósofo ilustrado d’Alembert: “La superstición, bien inculcada y arraigada en la infancia,

se somete sin duda a la razón cuando ésta llega a presentarse; mas la razón llega demasiado tarde y ya está ocupado el sitio [por la superstición]”. De ahí la dificultad de modificar la percepción de la historia de bronce que se nos enseñó en las aulas. Luis González de Alba escribió:

La infancia es [...] una edad propicia a las infecciones. De algunas nos salvamos; tosferina, paperas, polio, sarampión. Otras las arrastramos durante toda la vida; Hidalgo, Morelos, Cuauhtémoc, la Gran Derrota de la Conquista, el Gran Triunfo de la Independencia, el progreso que nos trajo la Revolución...

Por su parte, Francisco Bulnes, clásico historiador crítico de nuestro país, pensaba al respecto:

Yo juzgo del adelanto moral e intelectual por el de nuestra historia, especialmente de la dedicada a beneficiar el espíritu de la niñez. ¿Se enseñan leyendas, fábulas y apologías de secta? Me desalienta y preocupa esta historia, forma y fondo del siglo XIII. ¿Se comienza a enseñar la verdad? Convengo entonces en que cierta y afortunadamente vamos entrando en un digno y sereno periodo de civilización.

Más tarde, José Vasconcelos escribía: “Mientras sigamos borrachos de mentiras patrióticas vulgares, no asomará en nuestro cielo la esperanza. Una verdad resplandeciente es condición previa de todo resurgimiento”. Recientemente, el político y diplomático Alejandro Sobarzo escribió: “No sólo se deben recordar los actos dignos de ser emulados, los gestos edificantes, sino también aquellos que han generado funestas consecuencias para la patria, precisamente para procurar que no se repitan [...] un pueblo que no aprovecha su experiencia histórica se convierte en un pueblo más vulnerable”. La transparencia histórica no sólo es un medio para alcanzar la madurez cívica, sino que tiene también un cierto sentido “terapéutico”. Así, por ejemplo, respecto de la Conquista, el renombrado indigenista e historiador mexicano Miguel León-Portilla anotó: “Si es cierto que en muchos de nuestros pueblos el trauma de la Conquista ha dejado honda huella, es verdad que el estudio consciente de ese hecho imposible de suprimir será labor de catarsis y enraizamiento del propio ser”.

La historia crítica tiene el abierto propósito de desenmascarar a la historia oficial, difundir los hechos históricos ocultados o deformados deliberadamente por la élite en el poder. Puede llegar a tener incluso un motivo claramente político: deslegitimar el régimen prevaleciente para sustituirlo por otro; frecuentemente le basta con difundir aquello que suprimió la historia oficial para cuestionar al régimen político y social en vigor, en la medida en que éste se fundamenta en aquélla. Por ello, nos dice Luis González:

La historia crítica parece medio-hermana de la novela policial; descubre cadáveres y persigue delincuentes [...] A este tipo de sabiduría histórica que se complace en lo feo del pasado inmediato se le atribuye una función corrosiva [...] La historia aguafiestas es un saber de liberación, no de dominio como la de bronce. Denuncia los recursos de opresión de opulentos y gobernantes; en vez de legitimar la autoridad, la socava.

Desde luego, la historia oficial también se nutre de algunos hechos reales, de anécdotas, episodios y hazañas que en *verdad* **tuvieron** lugar. Por ello puede decirse con mayor precisión que la historia crítica complementa a la de bronce, agregando lo que se removió y corrigiendo lo que se distorsionó. El resultado de este proceso, cuando se lleva a cabo, es un conocimiento más preciso y fiel de la historia de un país. Así lo piensa el historiador Enrique Krauze:

No se requiere declarar la guerra a la historia de bronce. Lo que urge es su reforma, en un sentido democrático [...] Es bueno que los niños aprendan a admirar y es bueno que al crecer aprendan a discernir y criticar [...] si los volvemos santos [a los héroes] [...] no estamos haciendo un servicio al país. Las estatuas están ahí para matar a los héroes, y la única forma de revivirlos es volverlos humanos.

Coincide con esta percepción el historiador Lorenzo Meyer:

Al héroe cívico se le despoja de ambigüedades y de la mayoría de sus debilidades y defectos –su humanidad– y se le presenta como un ser excepcional, modelo para aquellos a los que se busca socializar con los valores y actitudes apropiados para servir al sistema de dominación vigente. Los ciudadanos debemos tomar a los pró-

ceres de los políticos como a los políticos: con escepticismo. Y si realmente estamos interesados en la figura, entonces busquemos a sus historiadores y aceptemos entrar al mundo de lo imperfecto y contradictorio que es, finalmente, lo humano.

De hecho, el espíritu crítico, la necesidad de revisar la propia historia, alcanza cada vez a más países e instituciones. El régimen soviético había ejercido un férreo control de la historia, al grado de distorsionarla de manera completa. En 1956 Nikita Khrushchev exclamó: “Los historiadores son gente peligrosa; son capaces de ponerlo todo de cabeza. Deben ser dirigidos”. Pero más tarde se planteó la revisión histórica como uno de los componentes ideológicos de la democratización soviética, sobre la cual Mikhail Gorbachov señaló que:

Una revisión crítica de nuestra propia experiencia es un signo de fuerza, no de debilidad. La crítica es una medicina amarga, pero los males que infestan a la sociedad la hacen necesaria [...] Hay que decir que el pasado constituye una carga para la conciencia pública y afecta la comprensión de los cambios.

Y el político soviético Alexandr Yakovlev, encargado durante la Perestroika de revisar la historia del stalinismo, afirmó: “Aunque no resulte fácil de aceptar, es necesario llamar a las cosas por su nombre [...] Mientras no hayamos extirpado de nuestra alma esa malevolencia, no llegaremos a hacer nada de bueno con nuestra sociedad ni con nosotros mismos” (Jean Meyer, 1994). Pero la autocrítica histórica no es exclusiva de los regímenes autoritarios, también los países democráticos tienen su propia historia de bronce y la defienden como un bastión de su nacionalismo y forma de vida; por tanto, también ahí han surgido corrientes de historia crítica. A principios de siglo un historiador norteamericano, Charles Beard, sugirió que la Constitución estadounidense fue diseñada para fortalecer y preservar los intereses de la élite dominante, a la que pertenecían los próceres constituyentes (Jefferson apuntó incluso que se trataba de una reunión de “semidioses”). Ese severo juicio suscitó una ola de indignación entre sus compatriotas y un editorial acusatorio de *The New York Times*. Varias décadas después otro historiador de ese país, Howard Zinn, escribió una historia sumamente crítica y tuvo una gran recepción entre el público norte-

americano (se convirtió en *best seller*), incluyendo una reseña sumamente elogiosa del propio *New York Times*. Los tiempos han cambiado, y la sociedad norteamericana se abrió también a la crítica de su propia historia. En Japón, al llegar la oposición al poder en 1993, pidió disculpas oficiales a China por los crímenes de guerra cometidos durante la intervención japonesa en ese país. Y la reina Isabel de Inglaterra rindió homenaje en India a los caídos en la matanza de Amritsar en 1919, cometida por tropas británicas. Por su parte, el presidente francés Jacques Chirac habló de un tema tabú: la colaboración del gobierno francés de Vichy con los nazis durante la segunda guerra, aceptando que el país “cometió lo irreparable”. El gobierno democrático de Argentina ordenó que se investigaran los nexos del gobierno peronista con los nazis alemanes durante y después de la guerra mundial.

La propia Iglesia católica, institución que tiende a la cerrazón ideológica y al dogmatismo, y que pretende ser infalible, ha aceptado hacer una autocrítica histórica: en junio de 1995 el diario *The Chicago Tribune* informó que el papa Juan Pablo II había exhortado a la Iglesia católica a aprovechar la ocasión “particularmente propicia” del nuevo milenio para reconocer “el lado oscuro de su historia”. Más tarde, en 1997, la Iglesia francesa pidió perdón a la comunidad judía por su pasividad, indiferencia e incluso tolerancia ante la persecución de judíos durante la ocupación nazi y que causó la muerte de 75 000 de ellos. Y en el año 2000 la Iglesia presentó finalmente un *mea culpa* a través de un documento titulado “Memoria y reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado” (véase *ISTOR* núm. 2). En el documento se lee un principio semejante al que animó la Glasnost soviética: “La verdad reconocida es fuente de reconciliación y de paz”. En el México contemporáneo, el presidente Vicente Fox parece haber hecho una oferta en ese mismo sentido. Durante su discurso de toma de posesión advirtió: “La historia se hace viendo siempre hacia al futuro. Pero ninguna relación con el pasado es saludable si no está fincada en la verdad. Sin sustituir a las instancias de procuración e impartición de justicia, me propongo abrir lo que ha permanecido cerrado en episodios sensibles de nuestra historia reciente e investigar lo que no ha sido resuelto”.

En México, la trayectoria de nuestros héroes, la historia oficial y otros símbolos nacionales –como el propio himno–, han exaltado la violencia como ins-

trumento de cambio social. El himno nacional está pletórico de figuras bélicas; las grandes gestas nacionales se hicieron violentamente, y se preserva el mito de que fueron fructíferas al superar el orden virreinal. La sangre de los mártires nacionales, se nos enseña de niños, abonó para la libertad y el progreso. La exaltación patriótica de la violencia empezó a poco de concluida la lucha independentista; después de la sangría que representó esa guerra, era natural que se buscara su legitimación. Así, en el primer acto conmemorativo del Grito de Dolores, celebrado en 1825, el orador oficial exclamaba:

A nadie podemos culpar de los horrores que siguieron al sacrificio de nuestros primeros héroes: todos son conforme a los designios de la alta Providencia que los permitía en la serenidad de su gloria, para preparar con ellos el mayor bien que podíamos desear para el establecimiento de nuestra patria [...] Necesario era que pasáramos por esos caminos sangrientos para renacer después al nuevo rango de majestad y de gloria que hoy disfrutamos [...]

Mucha sangre se derramó, en efecto, pero sus supuestos frutos de libertad e igualdad han sido relativamente reducidos, considerando la continuidad esencial del orden virreinal. Sin embargo, es contradictorio exaltar la violencia fundadora de un Estado y condenar la que surge en contra de ese mismo Estado, a menos de que se caiga (como se ha caído) en la absurda dicotomía de distinguir entre una violencia justa de otra injusta, tal como se enseña en las lecciones de historia patria. Por eso mismo, incluso los positivistas del porfirato, que condenaban la vía armada y exaltaban la evolución gradual, llegaron a reivindicar la violencia como palanca del progreso nacional. ¿Por qué habría de extrañar que los guerrilleros zapatistas de Chiapas se inspiraran en los héroes patrios para tomar las armas? Uno de ellos explicó que el ser llamados “insurgentes” era motivo de orgullo: “Yo ya tenía una idea de lo que eran los insurgentes, porque nos habían dado clases de historia y nos habían hablado de Vicente Guerrero y de la independencia de México” (1994).

La congruencia democrática exige más bien condenar toda violencia e insistir en que ésta, por más que busque elevados ideales sociales o políticos, no genera la redención nacional sino el caos, el odio, la inestabilidad y, eventual-

mente, un régimen autoritario, sea cual sea su signo ideológico. El educador Enrique Rébsamen recomendaba: “Los sucesos que la historia ha escrito con letras de sangre son los que se relacionan con el fanatismo religioso o político. Estos sucesos ofrecen al maestro la mejor oportunidad para predicar la verdadera tolerancia”. Contrariamente a ello, la educación oficial fomenta la toma de partido por una posición, descalificando por completo a las demás, sin el menor intento de entenderlas (aunque no justificarlas). Héctor Aguilar Camín apunta que:

Esa historia introduce desde muy temprano la tolerancia y el disimulo frente a las mentiras, y una actitud ambigua ante los héroes y los logros de la patria [...] Hay que reverenciar constituciones que no se han cumplido nunca y celebrar guerras, violencias y sangrías que deberían avergonzarnos.

En lugar de ello, la historia oficial de un régimen democrático debiera enfatizar y promover el pluralismo y la tolerancia hacia otras posiciones, además de insistir en que la violencia no resuelve en realidad los problemas, sino que los agrava. Los hechos mismos de nuestra evolución así lo demuestran. El dogmatismo y el fanatismo político no están ausentes de la historia oficial. Por tanto, para fomentar una ideología democrática en los niños es esencial destacar en la enseñanza básica algunas conclusiones que surgen de nuestra accidentada trayectoria histórica, como son:

1) El antiguo orden virreinal, con todas sus injusticias inherentes, no ha sido completamente sustituido por un orden más justo, moderno y civilizado en todos sus planos. Las gestas históricas que pretendieron el cambio prácticamente fracasaron en el intento. El patrimonialismo, el clasismo, el racismo, el monopolismo, la pésima distribución del ingreso – “el país de la desigualdad”, nos llamó Humboldt– y el autoritarismo propios del orden virreinal, cambiaron de beneficiarios y adoptaron varios ropajes para disimular su presencia, pero sobrevivieron en lo esencial después de la Independencia, la Reforma y la Revolución. Remover tales vicios es tarea pendiente del nuevo régimen democrático al que aspiramos y cuya mayor oportunidad de desarrollo se presenta ahora.

2) Nada sustancial se ha ganado con la violencia, ya que después de cada revolución armada ha surgido un nuevo régimen autoritario, el cual ha preservado buena parte de los vicios sociales del orden virreinal, en lugar de removerlos. La democracia eficaz no es, ni puede ser, resultado de la violencia, sino de la negociación y los acuerdos entre diversas fuerzas políticas y sociales. La violencia destruye los equilibrios políticos sin los cuales el funcionamiento de una democracia es imposible. En lugar de ello genera un monopolio político de los vencedores de la guerra que, aunque hayan enarbolado la bandera democrática, ejercen el poder de manera autoritaria, pues no hay fuerzas opositoras que se los impidan.

3) Resulta casi imposible encontrar gobernantes puros e impecables (incluyendo a nuestros héroes), al grado de que no requieran de la vigilancia y la supervisión institucional propia de la democracia política. Nuestra propia historia así lo demuestra. La historia oficial que hoy prevalece, en cambio, fomenta ideas poco compatibles con la democracia, al exaltar el paternalismo y el caudillismo de presuntos hombres heroicos y gloriosos que supuestamente condujeron al país a su salvación, sin importar la forma en que llegaron al poder (por medio de las armas o del fraude electoral), y sin necesidad de que lo ejercieran bajo la supervisión y el contrapeso propios de la democracia política.

4) La historia oficial de un régimen democrático debiera enseñar, por tanto, que más allá de las virtudes y los logros de algunos de nuestros próceres, todos cayeron de una u otra forma en la tentación de abusar del poder, en parte porque no estuvieron acotados por instituciones democráticas eficaces. Es decir, los gobernantes plenamente confiables no existen; con todo el arrojo, heroísmo, patriotismo o entrega que pudieron mostrar algunos de nuestros héroes, de cualquier forma fueron humanos, susceptibles por tanto de equivocarse o de comportarse de manera arbitraria. Algunos que fueron aclamados como héroes en su momento, terminaron como villanos por no estar sujetos a un control democrático (como Iturbide, Santa Anna o Díaz). Y otros que siguen siendo considerados como héroes, también incurrieron en abusos, arbitrariedades o decisiones peligrosas (como Hidalgo, Morelos, Guerrero y Juárez). Pero la historia oficial acalla tales excesos y abusos para no ensombrecer su figura.

5) Los grandes rezagos sociales se deben en buena parte al hecho de que jamás ha operado eficazmente la democracia política. Si bien es cierto que ésta no puede resolver de un día para otro los graves problemas que arrastramos al menos desde la Conquista, sí podría hacerlo en cierto periodo de tiempo. En todo caso, sin democracia, todos esos problemas tienden a exacerbarse, sobre todo cuando, como consecuencia de la opresión y el abuso, se recurre a la violencia como vía para lograr la emancipación nacional.

6) La vecindad con los Estados Unidos, dado el poderío de ese país, ha condicionado buena parte de nuestra vida política, y es un hecho que nuestra clase política de todos los tiempos (incluidos, de nuevo, los héroes) ha tenido que ceder a las presiones de los gobiernos estadounidenses, en mayor o menor medida, para consolidarse internamente. Más vale aceptar ese hecho, encararlo y encauzarlo, que negarlo o disimularlo. Sólo así se podrá preservar, con mayor realismo y dentro de lo posible, nuestra soberanía nacional.

7) Conviene también separar claramente nuestro ancestral –y explicable– antiyanquismo de nuestra posición hacia la democracia política, pues con frecuencia se confunden y traslapan. El hecho de que nuestro modelo de desarrollo político haya sido por años el norteamericano, suele confundir el funcionamiento real de la democracia –con sus inevitables límites y errores– y las políticas de expansión y dominación de los gobiernos norteamericanos, por lo cual es común atacar al sistema norteamericano por doquiera que muestre sus fallas, como reivindicación a nuestro nacionalismo. Pero ello arroja frecuentemente la idea de que en general la democracia no sirve de gran cosa. Así, durante el episodio del Watergate, nuestras miradas se enfocaron en el hecho de que también en Estados Unidos había corrupción, soslayando el aspecto más importante del suceso: que las instituciones democráticas fueron capaces de remover a un poderoso presidente en funciones sin necesidad de recurrir a la violencia. Más recientemente, ante la controvertida elección presidencial del año 2000, en que un empate entre los candidatos combinado con las enormes complejidades y huecos del sistema electoral norteamericano, y su laberíntico sistema judicial, nuestra vista se fijó en las pequeñas irregularidades y errores que complicaron la elección misma, sin dar mayor importancia a la fortaleza de sus instituciones políticas, que resistieron como pocas cinco semanas de incer-

tidumbre. Tal dicotomía entre nuestra aspiración democrática y la animadversión histórica hacia los Estados Unidos surgió durante la guerra con ese país. Pero la contradicción inherente subyace en nuestra conciencia cívica, entorpeciendo nuestro cabal entendimiento de la democracia política, con sus virtudes y sus deficiencias.

En síntesis, es hora de preguntarnos si no conviene desarrollar una historia oficial que, además de realista y desmitificadora, enaltezca los valores de la paz, de la legalidad y de la tolerancia como medios para conseguir un orden social más justo y democrático; una historia que concluya que ni la justicia ni la libertad han surgido cabalmente de las violentas épicas que ha experimentado el país; que el único camino para aproximarnos a aquellos ideales es la democracia, y que ésta no puede emanar de la confrontación armada, sino sólo del diálogo y la negociación. En esta complicada pero impostergable faena, quizás un estudio más auténtico y crítico de la historia patria contribuya a socavar las arraigadas bases ideológicas de ese ancestral e injusto orden social que llevamos arrastrando por siglos, pudiendo borrar, finalmente, el pesado estigma que la Conquista imprimió en nuestra trayectoria histórica.

Aquí se ha hecho una crítica a la clase política (incluyendo a los héroes y villanos que la conformaron), por lo que se sugiere como conclusión general que, sin la vigilancia ni la supervisión institucional propias de una democracia, los gobernantes, así sean "heroicos", tenderán a abusar del poder de una u otra forma, y ello difícilmente se traduce en un bienestar significativo para la sociedad en general. Buena parte de nuestro ancestral rezago económico y social se debe a la arbitrariedad y al abuso de autoridades que no conocieron eficaces frenos institucionales. La endémica y dañina corrupción que nos ahoga es también un efecto de la falta de controles democráticos, y no porque en la democracia pueda ser erradicada totalmente la corrupción, sino porque en ella las probabilidades de detectarla y castigarla son mayores. Una revisión histórica profunda quizás ayude a levantarnos como una nación que cumpla finalmente con los ancestrales y hasta ahora frustrados ideales de justicia y democracia. Todos los casos de democratización en el mundo han ido acompañados de una revisión histórica que sustituye los valores del militarismo, la violencia, el ra-

cismo, la subordinación a la autoridad y el culto a la personalidad, por otros que exaltan la dignidad humana, el pacifismo, el valor de las instituciones democráticas y la supervisión ciudadana al poder.

La revisión histórica en México debe ser crítica y severa, pues de lo contrario se hará, una vez más, una modificación superficial y cosmética. Quizá sea posible configurar una historia oficial, crítica y realista que tenga un sustrato democrático, común a todos los partidos y grupos sociales (por encima de sus diferencias), los cuales voluntaria o forzadamente tendrán que aprender a convivir en condiciones democráticas.

En nuestro caso, la instauración de un régimen democrático no exigirá desconocer, satanizar o renegar de la Revolución mexicana, de la cual surgió el régimen priísta, como hicieron algunos rusos respecto de la revolución bolchevique de 1917 y que llevó a la demolición de algunas estatuas de Lenin. Y ello se debe en buena parte al ideario democrático de la propia revolución. Debe recordarse que su primera bandera –la maderista– fue esencialmente la democracia política: sufragio efectivo y no reelección. Es posible, pues, que en algún momento del futuro la fecha que simbólicamente inauguró una democracia política palpable –el 2 de julio– será oficialmente reconocida como histórica –incluso con ceremonial de conmemoración–, pero ello no implicará la remoción del 20 de noviembre, ni del santoral revolucionario: las figuras de Madero, Zapata, Villa y Carranza seguirán siendo veneradas y recordadas.

De alguna forma se tenderá a considerar al régimen posrevolucionario como una desviación del ideario democrático que los revolucionarios abandonaron, y al proceso que llevó a la alternancia del año 2000 como su cabal cumplimiento. Ello se refleja en el discurso de toma de posesión del presidente Fox, en que resaltó: “Evoco con devota emoción a don Francisco I. Madero. Su sacrificio en pos de la democracia no fue en vano. Hoy, al cierre de una etapa histórica marcada por el autoritarismo, su figura se levanta de nuevo como un hito que marca el rumbo que nunca debió abandonarse”. La evaluación histórica del régimen posrevolucionario cambiará en cierto grado, pero integrándolo, a un amplio proceso de madurez histórica. En todo caso, tanto la interpretación de toda la historia patria, así como su enseñanza y divulgación, debieran apearse más a las necesidades de difundir y promover los valores propiamente

te democráticos como vía auxiliar para consolidar ese régimen en el futuro inmediato.

Desde luego, cada vez que se redefine la historia hay una pugna entre los diversos partidos y corrientes políticas, para los cuales los héroes y villanos del panteón histórico adquieren diversos significados ideológicos. Son los vencedores en cada gesta histórica los que logran imponer una historia oficial a la medida de sus necesidades de legitimación histórica. Pero al surgir una democracia no está claro quién es el ganador absoluto, cuando dicho orden ha sido construido entre diversos partidos y corrientes políticas. La pluralidad, la neutralidad –dentro de lo posible– y los valores comunes debieran ser los ejes sobre los cuales se diseñe una nueva historia oficial. Pero el hecho de que haya sido el PAN, un partido de “derechas”, el que ganó el gobierno en esta nueva etapa de nuestra evolución política, provocará fácilmente la sospecha de que dicha historia oficial reflejará las aspiraciones y los intereses de los grupos que se identifican con ese partido. Más aún, la misma revaloración de nuestra historia, si es que ha de apegarse más a la realidad, implica la crítica de nuestros más caros héroes y cierta reivindicación de algunos de nuestros más aborrecidos villanos. Y como hasta ahora ha sido la perspectiva liberal la que ha predominado en la historia oficial, cualquier revisión podría suscitar la idea de que se quiere imponer una visión conservadora.

El uso de símbolos religiosos durante la toma de posesión del presidente Vicente Fox, y la respuesta del nuevo jefe del gobierno capitalino, Andrés Manuel López Obrador, reivindicando la figura de Juárez –y advirtiendo que “para cada Maximiliano hay un Juárez”– adelanta la pugna por los símbolos históricos que se puede desatar entre los partidos políticos. Ante ello, dice Héctor Aguilar Camín:

Es imposible un cambio de régimen sin un cambio en los valores del panteón histórico [...] En buena lógica democrática, la nueva presencia del orbe conservador, su historia y tradiciones, no debería ser vista como un riesgo, sino como un enriquecimiento. Pero nuestra idea nacional de la historia, como todas las historias patrias, tiene algo de inviolable y sagrado. No puede alterarse o atacarse sin provocar grandes efluvios de molestia, litigio o indignación. El pleito por la historia es, al fin,

el pleito por la legitimidad política, el pleito por los valores públicos que han de regir la conciencia ciudadana.

En realidad, el hecho de que sea un gobierno panista el que formalmente haya dado fin al régimen semiautoritario que encabezó el PRI, no significa que ese partido pueda imponer ahora su visión particular de la historia, sino que entre todas las fuerzas políticas y sociales se realice una revisión colectiva que fructifique en una nueva historia oficial, basada en valores comunes –nacionalismo, libertad, democracia, legalidad, justicia social– pero también en un mayor apego a la realidad histórica. Lorenzo Meyer dice al respecto que: “En un sistema político plural nadie es vencido ni vencedor absoluto, y habrá también una pluralidad de héroes”. Quizá sea posible, así, realizar un esfuerzo conjunto en el cual todos los actores sociales admitan la necesidad de estimular los valores democráticos, no sólo a través de lecciones de catecismo cívico (generalmente muy poco eficaces) sino a partir de un conocimiento veraz de nuestra propia evolución histórica.

En síntesis, es hora de pensar en una historia oficial que fomente los valores de la democracia, de la legalidad y de la paz, no los de la violencia, la revolución y el providencialismo caudillista. Ello podría contribuir a que los mexicanos hiciéramos un certero diagnóstico de nuestra problemática actual a partir de lo que realmente hemos sido en el pasado, y así enfrentar los enormes desafíos que se nos presentan y abonar con éxito un futuro más promisorio. ❧

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

Aguilar Camín, Héctor, “Mentiras fundadoras”, en *Proceso* núm. 1023, 10 de junio de 1996.

“El pleito por la historia”, en *Proceso* núm. 1258, 10 de diciembre de 2000.

Beltrán del Río, Pascal, “Los texanos rechazan la versión de que su héroe Davy Crockett no murió peleando en El Álamo”, en *Proceso*, núm. 1155. *Proceso*, 20 de diciembre de 1998.

Bulnes, Francisco, *Las grandes mentiras de nuestra historia; la nación y el ejército en las guerras extranjeras*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991 (Reed.).

Cadenhead, Ivie, “Juárez”, en *Genios y líderes de la historia*. v. III, México, Promexa.

- Ferro, Marc, *Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.
- González de Alba, Luis. "Mentiras de mis maestros", en *Nexas*, núm. 228, diciembre de 1996.
- Gonzalez y Gonzalez, Luis, "De la múltiple utilización de la historia", en *Historia, ¿para qué?*, México, Siglo XXI, 1986.
- Gorbachov, Mikhail, *Memorias*, México, Plaza & Janés, 1997.
- Krauze, Enrique, *Caras de la historia*, México, Joaquín Mortiz, 1983.
- León-Portilla, Miguel, *Visión de los vencidos: relaciones indígenas de la conquista*, México, UNAM, 1997, 14 ed.
- Meyer, Jean, "Perestroika y revisión de la historia", en *Historia y Gráfica*, núm. 3, 1994, pp. 151-176.
- Meyer, Lorenzo, "El héroe y el político", en *Reforma*, 14 de diciembre de 2000, "La teoría, la práctica y el resultado", en *Reforma*, 19 de marzo de 1998.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, 4 ed.
- Segovia, Rafael, *La politización del niño mexicano*, México, El Colegio de México, 1975.
- Simpson, L. B., *Muchos Méxicos*, México, Fondo de Cultura Económica, 4 reimp. 1994.
- Sobarzo, Alejandro, *Deber y conciencia; Nicolás Trist, el negociador norteamericano en la Guerra del '47*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996. 2 ed.
- Vasconcelos, José, *Breve historia de México*, México. Ed. Continental, 1956.
- Zinn, Howard, *A People's History of the United States (1492-present)*, New York. Harper, Perennial, 1995.
- Viroli, Mauricio, *La sonrisa de Maquiavelo*, México, Tusquets, 2000.